

EL CANJE DE PRISIONEROS.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I

Marchando hacia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevo y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,

Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentemente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo.
Y se forman frente a frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fuerán dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
No se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,
Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia,
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas, y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco

De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,
De polvo los remolinos
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca e. colta seguidos
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo.
Y quizá por vez primera
Por voluntad del destino,
El belga del mexicano,
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes,
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Vive el Coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden
Y departiendo tranquilos,
Entran juntos á una casa
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono ruido
Del paso de los infantes
Que se acercan á aquel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio
Y resuenan carcajadas,

Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II

La plaza del pueblo llenan
Mochedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestas bandos.
Se cuentan los que han caído
De belgas y mexicanos,
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos
Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios,
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres,
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí los recién llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados

Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos,
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos
De la guerra el soplo airado
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron
Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados
Guardianes y prisioneros,
Y belgas y mexicanos.

III

De pronto un clarín resuena.
"Atención": es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Miranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando cauce
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,
Como esperando el combate,
Ambas tracciones se forman.

Los prisioneros al frente,
Que-si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen
Entre las filas vistosas,
Y el Jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje
Ya convenido en sus notas
Entre el Mariscal de Francia,
Bazaine, que en México mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centre;
Que en aquella misma hora
Quedan libres y á su campo
Pueden volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte
De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan
 Con efusión ciega y loca;
 Los que van y los que vienen
 Se abrazan gritan y gozan;
 Los destrozados vestidos
 Ajenas lágrimas m'ijan
 Los képis tirán al aire,
 Cantan; aplauden sollozan
 Y todos con un acento
 Y con voz atronadora.
 Llanzan vivas entusiastas
 A México y al que logra
 Libertarlos de la muerte,
 Y al lograrlo se colocan
 A la altura de los héroes
 Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!
 Repiten todas las bocas;
 ¡Que viva México gritan
 Con entusiasmo las tropas,
 Y belgas y mexicanos
 En la expansión más hermosa,
 Se abrazan y se confunden
 Y hermanos son en tal hora,
 Sobre aquellos mismos campos
 Que baña el sol de la Gloria.

IV

Muchas veces en el mundo,
 Centro de horribles batallas
 Por ley injusta y adversa
 Todas sus pompas la fama
 Se las niega al que perdona
 Y se las presta al que mata;
 Pero al correr de los siglos

La historia imparcial aclara
 Cuáles actos enaltecen
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre
 Queda con sangre manchada
 Y no así la que redime,
 La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente
 En la tierra michoacana
 Hermosos y verdes lauros
 La Posteridad le guarda;
 ¡Lauros que arrancó á la gloria
 Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida
 Todas las nubes son blancas,
 Su amor en la paz un libro,
 En la guerra la montaña,
 En el poder la justicia,
 La honra en su hogar en calma
 Y en todos sus pensamientos
 La grandeza de la Patria!

Los Mártires de Uruapan.

(21 DE OCTUBRE DE 1865.)

A MI EXBELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO
MANUEL A. MERCADO.

I

Hay un verjel escondido
En pintorescas montañas,
Que lo coronan las flores
Y lo acarician las auras;
Dando al collado que cruzan
Del Capatitzio las aguas,
Aromosa y fresca sombra
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo
La nivea flor embalsama
Al viento que manso gime
En las ojas esmaltadas
De los cafetos que ostentan
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*
De doble y florida valla,

Se cruzan entretejiendo
Sus verdes flexibles ramas
Arboles de opuestos climas
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores
Y como música grata,
Susurran los arroyuelos
Y murmurán las cascadas,
Y zumban los chupamirtos,
Alegres *Zanates* cantan
Y se plañen las palomas
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas
Entre la verde enramada,
Lucen las *guaris* hermosas
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo
La mar sus dientes reclama,
Que son perlas escondidas
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro
El fuego y la luz del alba,
Y su negra cabellera
Es la noche aprisionada
Sobre una morena frente
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo.
Templa su fuego y derrama
Calor, vida y regocijo
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;
La pradera dilatada,

La cordillera fragosa
 Que en su torno se levanta,
 El torrente que á lo lejos
 Suelta la lluvia encantada
 En que convierte sus olas
 La Sonora catarata
 Que á sus rocas debe el nombre
 Popular de *saráracua*.

Son los collados alegres
 Y son alegres las casas
 Que entre bosques de naranjos
 Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza
 Allí en todo se retrata,
 Y no en vano le llamarón
 De toda la nueva España
 El *paraíso escondido*
 En la tierra *michoacana*,
 No hay pincel que lo retrate,
 Ese verjel es Uruápam.

II

Una tarde los vecinos
 De Uruápam ven asombrados
 A las tropas imperiales
 Por el Occidente entrando,
 Y la noticia circula
 De que fueron derrotados
 En Amatlán, los valientes
 Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo
 No comprende, abrióle paso
 Al ejército de Mendez

Hasta llegar sin obstáculo,
 Sin encontrar resistencia,
 Al lugar donde alojados
 Estaban los generales
 Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,
 Y Salazar, que á su lado,
 Fueron por el enemigo
 Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa
 Las tropas se dispersaron;
 Más un número crecido
 De oficiales y soldados,
 Heridos ó prisioneros
 Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
 Que tras aquel descalabro,
 Fué para los generales
 El camino del Calvario,
 El que entre cerradas filas
 A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre
 De hercúlea talla, extremado
 En las corporales fuerzas,
 De carácter espartano;
 Pronto á encender en la ira
 Y con los débiles manso;
 Terrible para el combate,
 Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,
 No nervudo ni gallardo;
 Con la cútis tersa y fina,

De color apiñonado;
Sobre su pequeña boca
El bigote negro y lacio:
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo ca taño.

Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando,
En ambas piernas, heridas
Que á sanar nunca llegarón.

Con gran pesadez camina,
Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
Á los suyos animando,
Por que en tan graves momentos
Se siente regenerado,

Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Diaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
A teaga apenas, puede,
Por sus heridas dar paso,
Y es Villada quien le deja

El triste, endeb'e caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.

Sube el general, más luego
Sufrer mayores trabajos:
La montura, por estrecha,
Da martirio y no descanso,
Y el animal es tan débil,
Que camina tropezando,
Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
sin un reproche en los labios
Por la trabajosa via
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque cuando en Uruápam
Se presentó el emisario
A decir que el enemigo
Había salido de Pazcuaro,
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia
Tuvo parecer contrario,
Salazar pensó lo mismo,
Y entonces quedó acordado,

Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos,
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riva Palacio
Marcháse á atacar Morelia
Sin demora y sin descanso.

Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada saber la causa
De aquel repentino cambio
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto:

- La reflexión que me apena,
Y me trae contrariado,
Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechámos;
Ya tal vez hubiera muerto
Como merezco, en el campo,
No con tan grandes trabajos
Para llevarme al cadalso.-

Y al decir estas palabras
En sus miradas brillarán,
Por la cólera encendidos,
Deslumbradores relámpagos.

III

Como si tranquilas horas
Dél nuevo sol esperaran,
Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros

Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Van las tropas imperiales
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo
Qué horribles crímenes paga
Y á patíbulo afrentoso
L'eva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La ve'an negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas
Que son como siglos largos.

Pero la postrema noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ansias,
Huye el terror y una fuerza
Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha,

Por eso ven el cadalso
Como el sollo que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;
Todos en sentidas cartas
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana,

Se de piden cariñosos
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las eajas
Les anuncia que ha llegado
El momento v que no tardan
Los jefes que han de llevarlos
A morir.—Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
A las tropas, y serenos
Sin vecilar, sin que nada
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas.
Se colocan, vitoréan
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas,
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,
Como postrar pensamiento,
La libertad ó la patria.

Uruápan, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan,
El susurro de tus brisas,
El murmurio de tus aguas,

El canto de tus pa'omas,
Y el rogir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras

Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda
Del sublime apoteosis
De los martires de Uruápan.

CAPÍTULO DE RESPONDERA

EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GRAL. CARLOS FUERO

I

Como cingulo de acero
Que flexible va estrechando
A cada instante los muros
Del recinto queretano,
En donde el último esfuerzo
Con valor desesperado,
Los defensores del trono
Hacen en el mes de Mayo;
Tal se ven los batallones
Que sin abrigo en el campo
En ruña y tenaz vigilia,
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe
Supremo Maximiliano,
Que más que trono y corona
Difiende al i sin descanso,
Su fama que ve muy limpia,
Su nombre que ve muy alto

Le acompañan en la lucha
Los que son más esforzados
De todos los generales
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez
Como buenos han luchado;
Allí Castillo y Mejía
Que tienen fama de bravos,
Sin desmentir esa fama
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe
Y cada humilde soldado,
Se batan como acostumbra
Batirse los mexicanos;
Sin medir nunca el peligro,
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte
Exige fuerte aduersario,
Y a revidos sitiadores
A tan valientes sitiados.

II

El general Escóbedo
Es de los republicanos
El primer jefe y lo siguen:
Corona, que tiene el mando
De las tropas de Occidente;
Treviño y con él Naranjo
Con las del Norte que llegan
Desde la margen del Bravo;
Con las del Centro y Gaerrero
Que manda Riva Palacio,
Viscaino Jiménez y Vélez;
La reserva queda á cargo

De Rocha, que, presuroso
Y oportuno, acude al campo
En donde el fiero combate
Se desata encarnizado.

Manda la caballería
Gu daríama con los bravos
Mártinez Pedro y Juan Doris,
Que en la acción del Cimsta io
Cargó con tan fiero arrojo,
Que dió asombro á los contrarios

III

Una tarde, y á la hora
En que estaban relevando
El servicio entre la tropa
Del cuartel republicano,
Y era de San Luis el sexto
Batallón, que estaba al mando
De Carlos Fuero, y se hallaba
En San Sebastian formado.

Un proyectil enemigo,
Cerca invisible trazando,
A los piés del centinela
Llega, y moviéndose; en rauda
Y espantoso torbellino,
Estalla, sin que el soldado.
Ni muestre en la faz asombro
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte
Los fragmentos inf am dos.
Del bronce, entre nubes densas.
De polvo y humo, y del brazo
Del centinela arrebatan
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,
En su puesto, sin que un paso
Atrás ni adelante diera,
Sin una señal de pasmo.
El centinela aparece;
Que grita:—¡Cabo de cuartio!
—¡Qué ocurre?—se le pregunta
Y agrega:—¡Estoy desarmado!—

Otro fusil se le entrega,
Lo recibe, y muy ufano
Sigue tranquilo en su puesto
Sin hacer á nadie caso.

IV

El hombre de aquel valiente
La fama llevó en su canto,
Y habló de Damián Carmona
A los hijos del Estado
De San Luis, á quienes hizo
Este sencillo relato:

“Nació Carmona en el pueblo
De Mezquitic, y premiaron
Con un ascenso su arrojo
Aquella tarde en el campo,
Ciñeron los pojosinos
Su frente con verde lauro,
Y guardan como reliquia
Su fusil hecho pedazos.

La suerte premiarlo quislo,
Fin á su existencia dando

¹ El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del Congreso de San Luis Potosí. —NOTA DEL AUTOR

Entre el fragor del combate
Y á la luz del sol de Mayo."

El pueblo en Dimián Carmona
Verá un ejemplo preclaro
De que, para entrar al templo
De la Fama, es necesario,
No el timbre de la nobleza
Ni de la opulencia el fausto,
Sino el corazón ardiendo
En un patriotismo santo,
Que haga despreciar la muerte
Y ofrecer en holocausto,
Del deber ante las aras,
Lo más amante y amado,
Que a í no se necesita
Para vencer á los años,
Ni estatua tallada en bronce,
Ni templo erigido en mármol.

HEROISMO MEXICANO.¹

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos
De prisiones convertido,
Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los animos tranquilos.

¹ El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante
Duro y tenaz enemigo;
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruido,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y después de que la escucha
No queda turbado y livido,
Sino que amable y sereno
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión de está cautivo, (1)
Y con voz firme le dice:
—Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podéis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,
Un abogado y un cura
Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios,
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico.

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos tus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:
—Sin ser de vuestro partido
Os conozco y os respeto
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
A los soldados antiguos,
Y si son de vuestro temple
En su palabra confío.
Sabéis que os han sentenciado
A muerte; lo habéis oído,
Y necesitáis dos hombres
Para dejar todo listo,
No seré yo quien los llame;
Id buscarlos vos mismo
Y volved, que aquí os espero;
Libre estáis, yo lo permito.—

Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Saltó después, con asombro
De centinelas y esbirros
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin, con voz vibrante,
El campanario vecino
Anunció la media noche:
—Ya no vuelve—alguno dijo
Y el coronel respondióle:
—Volverá que yo lo fio,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo.—

¡A poco suenan tres golpes
Tras ellos resuena el grito
De "¿Quién vive?" al que contestan:
"Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo. ¹
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo:
Digalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,
Dió al prisionero permiso;
Aun le sirve á la bandera
A que Juárez le dió brillo.
Y, como entonces, mantiene,
Su modesto nombre limpio:
El General Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,
Tan altos hechos publico:
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido.

¹ El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Es por gloria de las armas
Que á la Libertad dan brillo
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.

CAPITULO ALFONSO

UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche
 En el viejo campanario;
 Querétaro está en silencio
 Que sólo turba á intervalos
 El grito del centinela
 Triste, sonoro y pausado.

En un antiguo convento
 Que ya en cuartel trasformaron,
 Presos en humildes celdas
 Estan la muerte esperando
 Miguel Miramón, Mejía
 Y el noble Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda
 De vida á los sentenciados
 Y el Archiduque, que siempre
 Faé de la forma un esclavo,
 Llama á Miramón, queriendo
 Sobre un punto interrogarlo,

Llega el arrogante jefe
 Obediente á tal mandato;
 Y órdenes pide gustoso
 A su infeliz soberano.
 Este le dice:—Seis horas
 Nos faltan.—Las voy contando

Pues ya que no tengo sueño
 He de entretenerme en algo.

— Perdonad que os distrajera,
 Pero quiero consultaros
 Cual traje será más propio
 Para salir al cadalso.

—No entiendo vuestra pregunta.

—Y agrega Maximiliano:

¿Nos vestimos de uniforme
 O saldremos de paisanos?

Y Miramón le replica:

—Majestad voy á ser franco,
 Como está es la vez primera
 Que me fusilan, no es raro
 Que ignore lo que previene
 El ceremonial del caso.

Sonriéndose el Archiduque
 Y agregó con entusiasmo:

¡Miguel, en todo os admiro.....

“Qué valor! ¡dadme un abrazo!”

EL ULTIMO PUESTO

A MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA

Maximiliano de Hapsburgo,
ya sin corona ni cetro,
mira trascorrir las horas
en su celda prisionero.
En una noche de Mayo
á cenar invita ateato
á Miramón y Mejía
de su prisión compañeros.
—“Pronto—dijo el Archiduque—
juntos al cadalso iremos.”
“Eso—Miramón responde—
lo ven claro hasta los ciegos.”
—“¿No hay esperanza de indulto?”
—“Podrá ser que allá en el cielo
nos indulten, pero nunca
esperéis que lo haga Lerdo.”
—“Somos tres y como vamos
al cadalso sobre un cerro,
se imaginarán las gentes
que es un Calvario moderno.”
—“En tal caso—agregó entonces
Miramón—lleváis buen puesto;

seréis nuestro Jesucristo!

—“¿Por qué?”

—“Porque vais en medio.

Los que estamos mal jugados
somos yo y mi compañero”.

—“Miguel, siempre los valientes
á mi derecha estuvieron”.

—“Graciss—respondió Mejía,
yo de *maladrón* me quedo.

—“¡Nó!—interrumpió el soberano—
que por un valiente os tengo.

—Paes seré yo quien se quede—
siguió Miramón—maí trecho.

Es mal papel el de *Gestas*
y uno ú otro hab'á de hacerlo”

Bajó el príncipe sus ojos,
lanzó un suspiro su pecho

y dijo á sus dos amigos:

“Ya veremos, ya veremos.”

.....
Cumplióse el fin la sentencia;
juntos al cadalso fueron,
y al pisar el triste sitio
donde se efectuó el suceso,
así dijo el Archiduque
á sus bravos compañeros:
“Hemos llegado al calvario,
Miramón quedad en medio;
á la derecha Mejía
y yo tomo el lado izquierdo,
que le guardo hasta en la muerte
á los valientes su puesto.”